

THEODOR MOMMSEN

HISTORIA DE ROMA

LIBROS I Y II. DESDE LA FUNDACIÓN DE ROMA
HASTA LA REUNIÓN DE LOS ESTADOS ITÁLICOS



TURNER

Historia de Roma

Libros I y II

*Desde la fundación de Roma
hasta la reunión de los Estados itálicos*

THEODOR MOMMSEN

TRADUCCIÓN DE A. GARCÍA MORENO

BIBLIOTECA TURNER



Primera edición en alemán, 1856

Primera edición en castellano, Turner, 1983

Traducción original de A. García Moreno publicada en 1876.

Esta segunda edición revisada por Luis Alberto Romero y con prólogo y comentarios en la parte relativa a España de F. Fernández y González:

copyright © 2003, Turner Publicaciones, S.L.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2012

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ISBN (Obra completa): 978-84-15427-53-7

ISBN (Libros I y II): 978-84-15427-49-0

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

MOMMSEN Y SU *HISTORIA DE ROMA*

El historiador alemán Theodor Mommsen (1817-1903) estudió en la Universidad de Kiel, investigó sobre antigüedades romanas en Italia y enseñó luego en las más prestigiosas universidades de su país, donde alcanzó los más altos lauros académicos: presidió la célebre Academia de Berlín y recibió en 1902 el Premio Nobel. Fue un científico y también un ciudadano: participó como diputado en la Cámara de Prusia y luego en el Reichstag del Imperio alemán, donde defendió ideas liberales y progresistas, y apoyó el programa de unificación alemana del canciller Otto von Bismarck.

Mommsen pertenece al grupo de historiadores alemanes que a lo largo del siglo XIX renovó los estudios sobre la antigüedad clásica: B. G. Niebhur, con su *Historia de Roma*, J. G. Droysen, autor de la *Historia del helenismo* y J. Burckhardt, que escribió una *Historia de la cultura griega*. Todos fueron herederos de la tradición historiográfica de Leopold von Ranke; rechazaron tanto la filosofía de la historia de Hegel como la acrítica admiración por la Antigüedad propia de la Ilustración. Descartaron las leyendas y tradiciones de origen poético, que alimentaban hasta entonces los relatos históricos sobre la Antigüedad, y se concentraron en las fuentes escritas, que examinaron a la luz de los modernos instrumentos críticos y particularmente de la filología.

Mommsen se destacó por su gran erudición, plasmada en diversas obras monográficas: una *Historia de la moneda romana*, el *Manual de Antigüedades* y sobre todo el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, primera y monumental recopilación epigráfica sobre la antigüedad latina. Esas fuentes epigráficas, sometidas a rigurosos análisis filológicos, renovaron y ampliaron la base de información disponible para la reconstrucción de la historia clásica. La *Historia de Roma* es en cambio una obra de síntesis, que se publicó inicialmente en 1856, y fue completada en 1884. Con ella, Mommsen se propuso realizar una descripción sistemática y detallada de acuerdo con un enfoque analítico y metódico.

Combinando el análisis filológico con el jurídico, Mommsen organizó un novedoso relato de la historia romana basado en la caracterización de sus instituciones y en lo que llama la historia constitucional. A partir del análisis de las instituciones republicanas, pretendía superar la simple y usual narración cronológica de los eventos militares y explicar el espíritu de la civilización romana en sus aspectos más permanentes. Se ocupa así de las cuestiones económicas, la religión, la vida cotidiana, y sobre todo el desarrollo territorial del estado romano, considerado como el fruto de los emprendimientos militares.

En su tiempo, esta obra sorprendió no solo por la sólida erudición, registrada en las notas, sino por la fluidez del relato, la modernidad de su estilo y la contundencia de sus opiniones. Llamaron la atención sobre todo algunas de tipo peyorativo referidas a figuras políticas romanas hasta entonces reverenciadas, que eran juzgadas con los valores y los prejuicios de un *junker* prusiano y de un fervoroso nacionalista alemán.

La obra de Mommsen tuvo una repercusión rápida y grande, y pronto fue traducida a varias lenguas europeas. En Italia su influencia fue notable: Mommsen resultó el fundador de la moderna escuela epigráfica latina italiana. El clima nacionalista de finales del siglo XIX, y el vigoroso compromiso de Mommsen con la política de Bismarck limitaron su influencia en Inglaterra y sobre todo en Francia. En 1870, en el contexto de la guerra franco prusiana, Mommsen sostuvo una dura polémica con su colega francés Fustel de Coulanges respecto de los derechos de ambos países sobre la región de Alsacia.

La *Historia de Roma* fue traducida al castellano en fecha temprana: 1876. Su traductor, Alejo García Moreno, director de la prestigiosa casa editorial Góngora, era hombre de vasta cultura. Abogado, historiador y buen conocedor de la filosofía, enseñó en el Instituto de Historia de la Universidad de Madrid y tradujo entre otras muchas obras la *Historia de Grecia* de Curtius y varios de los tratados de Kant. Como traductor, combinó un sólido conocimiento de la materia histórica con un excelente dominio de la lengua

castellana, que le permitió realizar una verdadera recreación del texto original.

Han pasado más de ciento cincuenta años desde que esta *Historia de Roma* fue escrita. Desde entonces, no solo siguió desarrollándose el conocimiento histórico, sino que los enfoques, las preguntas, los temas y hasta los preconcepciones de los historiadores han cambiado. Hoy no se lee a Mommsen como se lee a un historiador contemporáneo; en cambio, se lo aprecia y disfruta como a Tucídides, Tácito, Voltaire o Benedetto Croce. Probablemente algunos enfoques o puntos de vista de Mommsen sorprenderán al lector, y conviene que esté sobre aviso.

En primer lugar, su apreciación de la religión romana primitiva. Al concentrarse en el estudio de las inscripciones, atiende sobre todo a los gestos rituales de los cultos cívicos: los calendarios, los colegios sacerdotales y el rito comunitario de la ciudad. Este enfoque redujo la historia religiosa del mundo romano a las manifestaciones oficiales y sus implicaciones políticas. Para Mommsen no contaban tanto las actitudes mentales; no se interesó en las creencias mas allá de los testimonios de la religión de Estado, y esto es lo que lo llevó a exagerar la separación de la religión romana respecto de la griega. Por otra parte, el uso de fuentes literarias le hubiera permitido dar cuenta de la experiencia individual del fenómeno religioso, como han hecho posteriormente los antropólogos.

Otro de los presupuestos de Mommsen es común a todos los estudios históricos y sociales de la época: su apego a las teorías racistas para explicar la composición y estructura de la sociedad romana primitiva. La filología le permite fundamentar el carácter indoeuropeo de muchas de las instituciones y costumbres de la primitiva Roma. En su análisis del origen del patriciado y la plebe romanos, la etnicidad juega un papel fundamental para explicar las estructuras socioeconómicas: encuentra en ella el origen de las diferencias de clase o estamentales. Por otra parte, ese enfoque racista se combina con el nacionalismo romántico, fundado en la percepción de ciertas esencias nacionales –el espíritu de un pueblo– que son inmutables y se expresan preferentemente en su lengua, verdadero

espejo del alma nacional. Así, los latinos, los etruscos y los griegos son “naciones”, como también lo son los romanos, síntesis de las tres etnias del Lacio: latinos, sabinos y etruscos. Por eso, el estudio de la lengua romana es la vía fundamental por la que en la obra de Mommsen se accede al universo ideal y material de los romanos.

Por último, en su análisis de las guerras civiles y del papel de los líderes políticos del período tardo republicano –en especial Julio César– se vislumbra la situación política de Alemania previa a la unificación y el compromiso de Mommsen con la política de Bismarck. Aunque Mommsen analiza las estructuras sociales y económicas, la crisis política de la República es explicada desde el punto de vista de la colisión de personalidades. Aquí también hay un rasgo propio de su época y de su ambiente. A menudo se ha observado que en la admiración de Mommsen por la figura de Julio César se proyectan sus propios sentimientos nacionalistas. Creía ver en éste al líder, que transformó el caos de la República en un orden, una prefiguración de lo que Bismarck realizaba en la Alemania unificada de su tiempo.

A pesar de que muchas de las hipótesis sostenidas por Mommsen ya no puedan mantenerse, la lectura de la *Historia de Roma* sigue planteando desafíos universales para el historiador de la Antigüedad: el valor de una aproximación crítica a las fuentes, a partir de herramientas metodológicas pertinentes, y la necesidad de la revisión permanente de las hipótesis explicativas. Para el lector culto, Mommsen ofrece un relato muy atractivo, que sigue siendo válido y que además permite la interesante experiencia de recrear el clima de ideas del momento en que fue escrito, en la segunda mitad del siglo XIX.

LUIS ALBERTO ROMERO

ÍNDICE

Prólogo

Prólogo de la segunda edición alemana

Prólogo de la tercera edición alemana

LIBRO PRIMERO

Desde la fundación de Roma hasta la caída de los reyes

- | | |
|------|---|
| I | Introducción |
| II | Primeras inmigraciones en Italia |
| III | Establecimientos de los latinos |
| IV | Orígenes de Roma |
| V | Instituciones primitivas de Roma |
| VI | Los no ciudadanos. Reforma de la constitución |
| VII | Supremacía de Roma en el Lacio |
| VIII | Las razas umbriosabélicas. Primeros tiempos de los samnitas |
| IX | Los etruscos |
| X | Los helenos en Italia. Poder marítimo de los cartagineses en Italia |
| XI | Derecho y justicia |
| XII | La religión |

XIII La agricultura, la industria y el comercio

XIV Pesos, medidas y escritura

XV El arte

LIBRO SEGUNDO

Desde la caída de los reyes hasta la reunión de los Estados itálicos

I Cambio de constitución

II El tribunado del pueblo y los decenviros

III Igualdad civil. La nueva aristocracia

IV Ruina del poder etrusco. Los galos

V Sumisión del Lacio y de la Campania

VI Guerra de la independencia italiana

VII Guerra entre Roma y el rey Pirro

**VIII El derecho, la religión, la organización militar, la
 economía política y la nacionalidad**

IX El arte y la ciencia

Apéndice

Notas

PRÓLOGO

La experiencia de la humanidad saca provecho de la historia, panteón de sus glorias y de sus triunfos, pues a la luz de la comparación crítica lucen, para enseñanza de las generaciones venideras, lecciones y ejemplos dignos de imitación, y a la vez saludables advertencias de memorables escarmientos. En él ocupan lugar privilegiado, a la par que demandan consideración privatísima, los anales de la nación romana, pueblo que congrega las tradiciones, enseñanza y elementos sociales de la Edad Antigua, para labrar un incomparable vestíbulo al edificio portentoso de los tiempos nuevos.

Le tocó a Grecia, representante del florecimiento del mundo antiguo, profetisa inspirada y precursora del pensamiento moderno, ser la educadora del espíritu humano para sus destinos superiores; a Roma, dejar enseñanzas imperecederas en los diferentes ramos de inmediata aplicación a la vida: reglas y normas indestructibles acerca de lo justo e injusto en las prescripciones del derecho, ejemplos de conducta para los pueblos grandes y poderosos en su política, y aun en las violencias y agitaciones de sus movimientos sociales, el espejo y correctivo de todo desorden. Ocupaciones fueron de la primera el arte, la ciencia, lo especulativo; de la segunda, la guerra, la reorganización, lo práctico: la una se movía en un espacio amplio y generalísimo, que se elevaba de la tierra al cielo; la otra lo hacía en el terreno de las aplicaciones prácticas que se arraigaban profundamente en la tierra. Grecia dejó obras que serán maestras de superior cultura individual; Roma, leyes que gobiernan y dirigen las sociedades.

Después del pueblo judío, pueblo jurista por excelencia, y de la promulgación de la *Torá* divina comunicada a Moisés, ningún pueblo ni ninguna ley han granjeado entre los hombres el influjo que el pueblo y las leyes romanas han conseguido, cuya extraordinaria difusión e influencia revelan, con claridad, que la historia se rige por principios verdaderamente providenciales.

En este sentido, no fue tan significativo que la capital del Imperio se trasladara a Grecia. En Bizancio se conservó la autoridad y prestigio de las leyes romanas, y, como si la religión del Mesías hubiese venido para consagrar el destino jurídico de Roma, la antigua ciudad de los decenviros, fuerte con el nuevo prestigio de las leyes divinas, detuvo la invasión de los hunos, convirtió a los francos, educó a los godos y a los longobardos, e hizo de los hijos sombríos de las selvas los miembros predilectos de la familia humana. La conquista y culturización del mundo septentrional, empresa que no lograron nunca realizar los emperadores romanos, fue obra de los nuevos emperadores de Occidente auxiliados por los pontífices de Roma, quienes no tardaron en ver difundida su fe y reconocida su autoridad, allí donde los guerreros de Herrman (Arminio) habían derrotado a los soldados de Varo. El Renacimiento fue una obra común a la que contribuyeron los pueblos del Mediodía y los del Norte, y fue en las regiones septentrionales donde continuó por más tiempo y donde las ideas rectoras experimentaron una verdadera evolución.

Durante los siglos XIV, XV y XVI la ambición de los humanistas se cifraba en recoger textos de historiadores y de filósofos, de poetas, oradores y gramáticos. Sus narraciones, noticias y ejemplos eran mirados con veneración y consideración casi religiosa.

A fines del siglo XVII, fortalecida Europa con las libertades concedidas en la Paz de Westfalia, se comenzó a ejercer el espíritu crítico con gran desenfado en todas las esferas de la vida, incluidas la filosofía y la historia. Entonces brilló Perizonio, quien, al comparar diferentes pasajes de los autores clásicos relativos a los primeros tiempos de Roma, concluyó que existían importantes diferencias entre ellos. Señaló, por ejemplo, que los que llaman *Rea* a la madre de Rómulo y Remo la presentan como hija del rey Albano, mientras que los que la denominan *Ilia* le dan por padre a Eneas, príncipe de Troya. Doce años después, Bayle reproducía una crítica análoga siguiendo la corriente de sus propias aficiones más que el ejemplo de Perizonio, cuya obra le era probablemente desconocida. Oscureció, con todo, aquellas primeras investigaciones originales la obra de Beaufort, discípulo y admirador de Bayle, quien logró hacer

populares en el siglo pasado ideas sobre el conjunto de la historia romana que parecían inspiradas por un escepticismo desconsolador e invencible.

Sin embargo, faltaba a todos estos ensayos el pertrecho de un buen fundamento filológico, ya que, al desdeñar la tradición de los antiguos historiadores, habían caído a menudo en peligrosos océanos de conjeturas vanas y de hipótesis absurdas.

El primero en presentar sus estudios sobre bases algo firmes fue el italiano Vico, quien prestó un importante servicio al poner la filología al provecho de la crítica. Sus trabajos, sin embargo, ejercieron poca influencia, y permanecieron en la oscuridad por mucho tiempo. Sus etimologías infantiles, aunque ingeniosas, y fundadas en la lexicografía latina,¹ olvidados monumentos y noticias, se movían aún en un círculo demasiado estrecho.

La empresa de escribir una historia verdaderamente crítica de Roma, basándose sobre todo en los recursos de la erudición, solo podía lograr madurez en el tiempo presente, que parece representar, al reconocer las tradiciones, ideas y monumentos de los pueblos, lo que significaron los siglos XV y XVI en todas las costas y territorios habitados.

Durante el primer tercio de este siglo, apenas se vio Prusia libre del cuidado de la guerra con los franceses, se dedicó al fomento de sus universidades aspirando a ejercer un fuerte ascendente sobre el resto de Alemania por los méritos de su cultura. Esto, intentado desde el tiempo del gran Federico, en aquella ocasión parecía estar legitimado por los servicios prestados a la patria común de los alemanes en la defensa de su independencia.

Entonces se produjo un renacimiento de gran importancia en los estudios clásicos, acaudillado en buena parte por Niebuhr, el distinguido viajero que había pasado mucho tiempo en Italia estudiando sus monumentos e inscripciones epigráficas, y a quien el monarca prusiano había encomendado la publicación de las obras históricas de los escritores bizantinos.

En las lecciones dadas por este maestro en Bonna no se destruye la tradición romana para fingirla o sustituirla de cualquier modo. Por el contrario, al acopiar materiales riquísimos de la industria, del arte, de la epigrafía, y en particular al realizar una erudita comparación de los textos latinos entre sí, y del testimonio de los escritores griegos, se ven surgir de entre ellos los resplandores de una nueva historia legitimada por los monumentos, aunque anteriormente no adivinada.

Partiendo de procedimientos filológicos fundados en el conocimiento de la lengua griega, nos mostrará que los sabelios, los samnitas y los sabinos son etimológicamente el mismo pueblo; que la manera de prenombre de Silvia, madre de los gemelos que según la tradición fundaron Roma, no es *Rhea*, sino *rea*, apelativo que denota haber faltado a sus deberes; que Rómulo y Remo son nombres inventados a partir de los de dos poblaciones vecinas y heredados de una tradición anterior que los suponía fundadores de ellas, y que la narración, en fin, de sus hazañas solo descansa en antiguos himnos nacionales que, según Dionisio de Halicarnaso, cantaban los romanos todavía en su tiempo. Dedicado a utilizar todos los elementos que le prestaba la erudición coetánea, buscó en las antiguas leyes romanas, en las obras de Cicerón y en las de los gramáticos, y hasta en las *Metamorfosis* de Ovidio, los medios para dar solidez a la fábrica levantada por la energía de su espíritu.

Ocurría esto antes de terminar el primer tercio de la presente centuria.² El genio del orientalismo había comenzado a lucir; se vislumbraban antiguas relaciones y se reconocían semejanzas entre el persa, el indio y las lenguas clásicas; pero se desconocían aún los grados de estas afinidades y de sus diferencias, y el estado de los conocimientos acerca de sus tradiciones históricas y religiosas no permitía ir mucho más allá en la afirmación de sus analogías. Mas cuando, merced a los trabajos de Franck y de Bopp, pudo determinarse la filiación y parentesco de los diferentes miembros de la familia indoeuropea, y aun señalarse el camino de sus peregrinaciones prehistóricas, el trabajo de Niebuhr, llevado a cabo preferentemente con los recursos de la erudición clásica, ya no logró

satisfacer cumplidamente las esperanzas de los aficionados a los frutos de las nuevas investigaciones históricas.

Se sucedían, entre tanto, trabajos y monografías curiosísimas sobre los antiguos dialectos de Italia, sus tradiciones y sus antigüedades, y el público vacilaba entre la sencillez de las narraciones de Tito Livio y el edificio labrado por una crítica defectuosa, conmovido y asombrado ante cada nuevo descubrimiento.

Tal era el estado de los estudios romanos cuando en el año de 1856 vio la luz el primer tomo de la *Historia de Roma*, escrita por el doctor Theodor Mommsen. La edad del autor rozaba apenas los treinta años; pero la universalidad de sus conocimientos, su laboriosidad y la especialización de sus investigaciones en el derecho romano y en todo linaje de antigüedades clásicas le habían granjeado un renombre europeo. Profesor sucesivamente en las universidades de Leipzig, Zurich y Breslau, había compartido las tareas de la enseñanza con la preparación y publicación de obras de mérito reconocido.

Ya antes de su promoción al magisterio, había escrito dos interesantes monografías, que todavía se leen con provecho; el opúsculo *De Collegiis et Sodalitiis Romanorum*, impreso en Kiel, 1847, y la erudita memoria *Las tribus romanas bajo el respecto de la administración*, Altona, 1844. En Leipzig publicó, en 1850, el *Estudio sobre los dialectos de la Italia Baja*, y más adelante, en 1851, el *Corpus Inscriptionum Neapolitanarum*. Durante su permanencia en Zurich, en 1854, publicó las *Inscriptiones Confederationis Helveticæ Latinæ*.

Casi a la par que inauguraba su enseñanza en Breslau, publicaba en esta ciudad el principio de la presente obra, que señala un hito y es una piedra fundamental en los estudios del romanismo.

“Por lo que toca a su composición –observa discretamente M. Alexandre– y en particular al tratado de los *Orígenes*, es menester adelantar algunas advertencias. Es la primera que ciertos asuntos, como los más antiguos progresos de Roma hasta la expulsión de los reyes, la reforma de Servio, la constitución consular y las luchas del tribunado de la plebe, no se ajustan bien a las condiciones de una narración seguida; siendo necesario presentar un cuadro abreviado,

según las proporciones de un marco reducido, más bien que desarrollar un lienzo donde se hallase expuesta con mucha amplitud la serie de los anales primitivos de Roma. Porque cualquiera que sea la opinión sustentada por otros críticos, se comprende la necesidad de la historia sin personajes, y de reproducir los acontecimientos de importancia en la historia de Roma, sin el retrato de los hombres que han intervenido en ellos. Preferir otro método es precipitarse desde luego en la tradición fabulosa y legendaria, intentar volver a Tito Livio para demandarle la magia del colorido de su frase, las galas de su estilo y las encantadoras ilusiones de su patriotismo romano. No podía vacilar Mommsen, quien, lejos de pretender colocar sobre mejores o peores pedestales las estatuas rotas o perdidas pertenecientes a los héroes de la leyenda, ha dispuesto sencillamente y dividido en orden metódico, según las épocas y por capítulos, tanto los resultados obtenidos por sus predecesores, como los conquistados por investigación propia. Emigraciones venidas del Oriente, principios de Roma, organización poderosa y exclusiva de la ciudad, conquistas sobre los latinos, los etruscos y los samnitas, civilización de Etruria y de la Magna Grecia, marina toscana y cartaginesa, derecho, religión, agricultura, industria, comercio, artes, matemáticas y literatura propiamente dicha, como corona de todo: tales son los objetos que el historiador recorre y en cierto modo agota. A partir de la fecha de la guerra con los galos y de la invasión de Pirro en Italia, comienza la verdadera narración histórica. Entonces vienen las guerras púnicas y la rápida conquista del mundo occidental por las armas de Roma, período en que los personajes viven y se muestran, la narración se anima y enriquece con brillantes colores; se suceden los retratos y cuadros de vivo colorido, subiendo de punto el interés político e histórico.”³

Pasando a la exposición de doctrinas y opiniones particulares, Mommsen se rebela contra la costumbre establecida de elevar a Grecia a expensas de Roma. Una y otra, a su juicio, tienen méritos semejantes y en cierto modo equivalentes, y se explica el sentido humano que se anticipa en la civilización de los griegos por su mayor contacto con el Oriente. Relacionados los italianos y los helenos

desde tiempos antiquísimos, conservan el recuerdo de su antigua unidad en la familia indogermánica en numerosas palabras que refieren a instrumentos y artefactos, idénticas en su formación, las cuales indican claramente que la separación de ambos pueblos y aun su emigración del Oriente es posterior a los primeros progresos de la agricultura.⁴

También testifican esta unidad importantes institutos de la vida doméstica, la organización de la familia, la monogamia y la autoridad de la madre de familia. Ni es ciertamente el azar, discurre profundamente Mommsen,⁵ el que crea esas figuras divinas tan iguales de Júpiter (*Zeus, Jovis*) y Vesta (*Hestia, Vesta*), ni quien produce la noción común del lugar sagrado (*templum, τέμενος*) de los sacrificios y de las ceremonias pertenecientes a ambos cultos.

Con todo, se desconoce la fecha exacta de la separación, y, no sin grandes esfuerzos, luego de estudiar los monumentos y tradiciones llegados hasta nosotros se distinguen en la península itálica dos capas de pueblos, que corresponden a emigraciones sucesivas: la de los latinos, cuya frontera septentrional es el Tíber y cuya venida a Italia hubo de verificarse en tiempos prehistóricos, y otra más moderna, constituida principalmente por los marsos, los volscos y los samnitas.

En los albores de la historia aparece el *Latium* como una serie de campiñas (*agri lati*) repartidas en la llanura, formando distritos o solares de familias (*gens*), denominados *vicos*.⁶ La aglomeración de estos distritos formaba las *villas*, cuya unión y federación constituía la *civitas* y el *populus*. Servía de centro un punto elevado y fuerte, el *Capitolium*, lugar de reunión para las fiestas religiosas, los contratos y las diversiones públicas. A la cabeza de las ciudades confederadas, como la más importante y a quien se había reconocido primacía y superioridad entre todas, se hallaba Alba, cuyo fortificado capitolio, situado sobre una montaña, era el baluarte de la Federación Latina. La confederación tenía sus celebraciones anuales (*latinæ feriæ*), en las cuales los latinos reunidos inmolaban un toro al Júpiter lacial. Por mucho tiempo, además de las celebraciones religiosas, que reunían a la multitud sobre el monte Albano, hubo también deliberaciones de

interés público, como los consejos de los representantes de las diversas ciudades, que se llevaban a cabo cerca de la fuente Ferentina.

No parece, por otra parte, que se haya libertado Roma de la ley histórica que rige la fundación de las demás ciudades del Lacio. Familias, *gentes* que se reúnen en la tribu, *vicos* que se aglomeran en la *villa*, *tribus* y *villas* que se confederan y eligen una ciudadela o fortificación común; es decir, lo que había dado nacimiento a la generalidad de las ciudades latinas dio origen también a la ciudad de los cónsules y de los emperadores. Señaló su principio, sin embargo, una particular diferencia, fecunda en leyendas y tradiciones singularísimas, que fue la distinta procedencia de las tres villas que se asentaban primitivamente cerca de la desembocadura del Tíber. La división administrativa de la antigua Roma en tres posiciones de ciudadanos romanos, ramnenses, ticios y lucerios, que constituían cada cual un tercio de la población, o sea una *tribu*, y la religiosa, integrada por los sacerdotes y los individuos de los colegios, cuyo conjunto ofrecía la mayoría de las veces un número divisible por tres, hacen presumir que la primitiva Roma se fundó como la antigua Atenas, por una especie de sinecismo o unión de antiguas *villas* o ciudades más pequeñas. En este sentido, antes de que los muros de la ciudad fueran labrados, ocupaban sus colinas tres villas o barrios pertenecientes a la misma raza, aunque a diferente familia y linaje, la de los lucerios, los ramnenses y los ticios. A juicio de Mommsen, la población de los ramnenses prevaleció hasta en el nombre en los destinos de la antigua Roma; los lucerios (*etruscos*, según un texto de A. Victor) acrecentaron el elemento latino y los ticios enriquecieron la ciudad con los ritos de la Sabinia.

Constituida Roma de esta suerte, dos objetos parecen haber solicitado en primer término la atención de sus moradores: la posesión del puerto de Fidenes que ocupaban los etruscos a la orilla izquierda del Tíber y la lucha con los otros pueblos (*civitates*) o federaciones que aspiraban a absorber en su seno. La leyenda de los Horacios y Curiacios, autorizada por la tradición, no simbolizaba únicamente el triunfo de una de las ciudades rivales, sino también la contienda sobre el centro de la Federación Latina, que quedó fijado,

de ahí en adelante, en la ciudad de las *tribus*. Cuando cayó Alba, la frontera de Roma se extendió rápidamente por el este, pero todavía Fidenes, situada a dos leguas de la ciudad, se resistió durante algún tiempo, apoyada por la confederación etrusca. Esto lleva al autor a hablar detenidamente de la Etruria, de sus orígenes, su constitución y sus relaciones con fenicios y griegos, del poder marítimo de los etruscos y los cartagineses, de la inmigración y colonización griega. Para completar el cuadro de la Italia primitiva, expone particularmente la religión, agricultura, industria y comercio de los pueblos que ocupaban la península, y los relaciona con iguales elementos de la civilización griega, para finalmente comprobar y a veces refutar explicaciones y principios adelantados por la filosofía de la historia. Bajo este concepto, merecen consideración especialísima las siguientes frases, con que distingue la religión de los romanos de la de los pueblos de la Hélade. “Entre los griegos –dice– los mitos sencillos de la antigüedad primitiva revistieron muy temprano un cuerpo de carne y hueso; sus nociones de la divinidad se convirtieron en elementos de las artes plásticas y poéticas, y alcanzaron rápidamente la universalidad aquellas facultades de expansión que, con ser patrimonio verdadero de la naturaleza humana, se muestran, al propio tiempo, como la virtud innata de toda religión terrestre. De esta manera, las visiones más sencillas en el orden de las cosas naturales fueron engrandeciéndose y universalizándose; las puras nociones morales se profundizaron y convirtieron en humanitarias, y, durante muchos siglos, abarcó sin trabajo la religión helénica todos los dogmas físicos y metafísicos, y todas las conquistas de la nación en el dominio ideal. A medida de sus progresos, iba creciendo en profundidad y en extensión, hasta que llegó el día en que se rompió el vaso, por las crecientes efusiones de la imaginación libre y de la filosofía especulativa. En el Lacio, por el contrario, la encarnación de los dioses fue tan sencilla y transparente que no pudieron los poetas hallar en ella materia para sus producciones. La religión era allí extraña y hasta enemiga del arte. Como la divinidad no era para el romano sino la noción espiritualizada o abstracta de un fenómeno terrestre, tenía en este mismo fenómeno imagen oportuna y santuario. Los muros y los ídolos hechos por el hombre hubieran

aprisionado y oscurecido, a los ojos de los primitivos latinos, el dogma ideal del Dios. Por esto, en el culto primitivo de los romanos no encontramos estatuas ni templos. Y si es verdad que los latinos, a imitación de los griegos, erigieron desde muy antiguo a sus dioses *ídolos* y pequeños *santuarios* (*ædicula*), fue esta una innovación enteramente contraria a las leyes sagradas de Numa.”⁷

El autor, sin embargo, no aparece todavía satisfecho de su obra, que ha procurado completar posteriormente con una serie de concienzudas investigaciones, cuyos frutos se muestran en las *Inscriptiones latinæ anti-quisimæ ad C. Cæsaris mortem*, Berlín, 1863, y ha comenzado a aplicarse a mejorar las últimas ediciones de la *Historia de Roma*. En particular, desconfía del éxito de sus estudios de los pueblos de tradición latina, pues le parece expuesta con poca lucidez y con cierta aridez desagradable la materia de los *orígenes*, siendo de opinión de que la verdadera obra histórica comienza con las guerras entre romanos y cartagineses. La crítica ha formulado ya su opinión algo distinta sobre este asunto, acerca del cual es de esperar que muestren nuevos datos e informes para el fallo definitivo los estudiosos que aprovechen en lo venidero la difusión ofrecida al conocimiento del libro por esta traducción castellana.

FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN ALEMANA

Esta nueva edición de la *Historia de Roma* difiere notablemente de las que la han precedido. Se diferencia principalmente de ellas en los dos libros que comprenden los cinco primeros siglos de la República. Cuando más tarde comienza la serie de los hechos históricos ciertos, se ordena y limita nuestra obra según la forma y el contenido de la narración; mas para las épocas anteriores, las dificultades de la investigación de las fuentes, sin base ni regla determinada, y el desorden de los materiales bajo la relación de los tiempos y del conjunto, son, en verdad, muy grandes para que el autor, no muy contento de sí mismo, se atreva a esperar haber satisfecho a los que lo leyeren. Es verdad que ha luchado con todas sus fuerzas contra los obstáculos que sus estudios y su narración encontraban; sin embargo aún queda mucho por hacer y por corregir. Comprende esta edición una serie de nuevas investigaciones, especialmente en lo que concierne a la condición política de los súbditos de Roma y a los progresos y producciones de la poesía y de las artes de diseño. Asimismo hemos llenado otros vacíos menos importantes; hemos realzado y enriquecido los cuadros con numerosos detalles, y hemos, en fin, dispuesto y ordenado la obra del mejor modo que nos ha sido posible para la mayor claridad y más fácil y elevada comprensión del conjunto. En el libro tercero no nos hemos limitado, como en la primera edición, a averiguar y exponer el estado interior de la República en tiempos de las guerras púnicas; toda esta parte ha sido reelaborada, y la hemos tratado con cuidado y extensión, como lo requería la importancia y la dificultad del asunto.

Apelamos al juez imparcial, aquel que ha intentado ya, como nosotros, resolver todos estos problemas. De seguro que se apresurará a excusarnos y a decir que no hay que admirarse de tantas reformas como hemos hecho en nuestra obra. De cualquier modo, el autor está muy agradecido al público que le ha perdonado los vacíos y las

imperfecciones de que adolece su trabajo, para no atender ni criticar más que las partes más acabadas y completas.

Se ha esforzado en hacer este libro cómodo hasta en su forma exterior. Conservando en el cuerpo del texto el cómputo varroniano desde la fecha de la fundación de la ciudad, ha colocado al margen las cifras correspondientes a contar por años antes del nacimiento de Cristo.¹ En este cálculo comparado, el primer año de la fundación de Roma corresponde al 753 a.C. y al cuarto de la sexta olimpiada; aunque, a decir verdad, comenzando el año solar romano el 1º de marzo, y el año griego el 1º de julio, el primer año de Roma no debería comprender, contando con exactitud, más que los diez últimos meses del 753 con los dos primeros del 752 a.C., o quizá más bien los cuatro últimos meses del año tercero, con los ocho primeros del cuarto de la sexta olimpiada.

Los valores están enunciados en *libras* y en *sextercios*, en *dineros* romanos y en *dracmas* áticas. De 100 dineros en adelante, el oro ha sido reducido a la tasa actual; y de ahí para abajo, en peso igual de plata se han tomado en marcos comparativos. De este modo, la libra de oro romana, de 4.000 sextercios, equivalente a 327 gramos y 46 centígramos, está valuada (siendo la relación del oro a la plata de 1 a 15,5) en 286 taleros prusianos.

Hemos colocado una pequeña carta,² redactada por Kiepert, al final del primer tomo, que facilitará mucho más que nuestra narración la comprensión del modo en que se verificó la reunión militar de la Italia. Algunas breves indicaciones hechas al margen facilitarán al lector sus investigaciones. Por último, el tomo que termina con la caída de la República llevará una tabla alfabética. El autor no quiere dilatarse más al hacer esta especie de resumen, pues muchos y muy variados trabajos no le han permitido acabar su libro tan pronto como hubiera querido.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN ALEMANA

Esta tercera edición no se diferencia mucho de la segunda, por lo cual no harán al autor los jueces serios y experimentados un capítulo de cargos. Solo exigirán de él que a cada tirada de su libro revise la obra e introduzca en ella todos los resultados nuevos, por insignificantes que sean, y los descubrimientos particulares verificados en ese intervalo. Los olvidos o los descuidos que la crítica nacional o extranjera había señalado a la última edición han sido reparados pues esto era muy justo; sin embargo, no teníamos que rehacer en su conjunto ninguna de las partes de la obra. El capítulo XIV del libro III contenía, fundada sobre las bases de la cronología romana, una disertación que hemos transportado a una obra especial más extensa y apropiada a la materia (*Die Remische Chronologie bis auf Cæsar – Cronología romana hasta los tiempos de César*–, segunda edición, Berlín, 1859). También lo hemos comprendido aquí en un cuadro más pequeño, limitándonos a los resultados generales más importantes. Nada se ha cambiado por lo demás en el orden de la obra. Obstáculos imprevistos han retrasado la publicación del *Índice* que habíamos prometido colocar después de estos tomos: esperamos poder hacerlo muy pronto en un suplemento.

Berlín, 1 de febrero de 1861

τὰ γὰρ πρὸ αὐτῶν καὶ τὰ ἔτι παλαιότερα σαφῶς μὲν
εὐρεῖν διὰ χρόνον πλῆθος ἀδύντα ἦν, ἐκ δὲ
τεκμηριῶν ὧν ἐπιμακρότατον σκοφῦντι μνι
φιστεῦσαὲ ξυμβαινει, οὐ μεγάλα νεμιζω γενέσθαι
εὖτε κατὰ τοὺς φολέμονς οὔτε ἐς τὰ ἄλλα.

En cuanto a los hechos más antiguos, no podían sernos
exactamente conocidos, dada la distancia de los tiempos.
Sin embargo, después de haber llevado lo más lejos
posible mis investigaciones, y a juzgar por los indicios más
dignos de fe, no he hallado allí grandes acontecimientos,
hechos de guerra ni de otra clase.

TUCÍDIDES I, I

LIBRO PRIMERO
DESDE LA FUNDACIÓN
DE ROMA HASTA LA CAÍDA
DE LOS REYES

I INTRODUCCIÓN

HISTORIA ANTIGUA

El mar Interior tiene muchos brazos que penetran hasta muy adentro en el continente, y que hacen que sea el más vasto de los golfos oceánicos. Se recoge y estrecha entre las islas o las puntas opuestas de los salientes promontorios, y luego se ensancha y extiende a manera de una sábana inmensa, sirviendo a la vez de límite y de lazo de unión entre las tres partes del mundo antiguo. Alrededor de este gran golfo han venido a establecerse pueblos de diversas razas, si se los considera solo desde el punto de vista de su lengua y de su procedencia, pero que, históricamente hablando, no constituyen más que un solo sistema. La civilización de los pueblos que habitaron las costas del Mediterráneo en ese período llamado impropiaamente *historia antigua* hace pasar ante nuestras miradas, dividida en cuatro grandes períodos, la historia de la raza *copta* o *egipcia*, al sur; la de la nación *aramea* o *siriaca*, que ocupa la parte oriental y penetra en el interior del Asia hasta las orillas del Éufrates y del Tigris, y, finalmente, la historia de esos dos pueblos gemelos, los *helenos* y los *italiotas*, situados en las riberas europeas del referido mar. Cada una de ellas tuvo sin duda su principio en otros ciclos históricos, en otros campos de estudio, pero muy pronto emprendieron su camino y lo siguieron separadamente. En cuanto a las naciones de razas extrañas o emparentadas con las anteriores que aparecen diseminadas alrededor de este golfo extenso, como los bereberes y negros, en África; árabes, persas e indios, en Asia, y celtas y germanos, en Europa, han venido a chocar muchas veces con los pueblos mediterráneos, aunque sin dar ni recibir de ellos los caracteres de sus progresos respectivos. Y, si bien es verdad que el ciclo de una civilización jamás acaba por completo, no puede negarse el mérito de una perfecta unidad a aquella en que

brillaron frente a frente los nombres de Tebas y de Cartago, de Atenas y de Roma. Hay aquí cuatro pueblos que, no contentos con haber terminado cada uno de por sí su grandiosa carrera, se transmitieron los elementos más ricos y vivos de la cultura humana, y los perfeccionaron día tras día hasta realizar por completo la revolución de sus destinos. Se levantaron entonces nuevas familias, que aún no habían llegado a las fértiles regiones mediterráneas sino como las olas que vienen a morir sobre la playa, y se extendieron por ambas riberas. En este momento la costa sur se separó de la del norte en los hechos de la historia y la civilización cambió de centro, al abandonar el mar Interior para trasladarse a las inmediaciones del Atlántico. De esta forma termina la historia antigua y comienza la moderna, pero no solo en el orden de los accidentes y de las fechas; se abre una época muy distinta de la civilización, que todavía permanece unida por muchos puntos con la que ha desaparecido o está en decadencia en los Estados mediterráneos (así como esta se había enlazado, en otro tiempo, con la antigua cultura indogermánica). Esta nueva civilización tendrá también su propia carrera y sus destinos propios, y hará que experimenten los pueblos felicidades y sufrimientos. Con ella franquearán las edades del crecimiento, de la madurez y de la decrepitud; los trabajos y las alegrías del alumbramiento en religión, en política y en arte; con ella gozarán de sus riquezas adquiridas, así en el orden material como en el orden moral, hasta que lleguen también, quizás al día siguiente de cumplido su cometido, el agotamiento de la savia fecunda y la languidez de la saciedad. No importa: este fin no es, en sí mismo, más que un período breve de descanso. Ni aun cuando ha recorrido ya todo su círculo, por más grande que este sea, la humanidad se detiene: se la cree al fin de su carrera, cuando en verdad ya la están solicitando una idea más elevada y nuevos y más extensos horizontes, y es entonces que vuelve a abrirse ante ella su misión primitiva.

LA ITALIA

El objeto de esta obra es el último acto del drama de la historia general de la antigüedad. Vamos a exponer en ella la historia de la

península situada entre las otras dos prolongaciones del continente septentrional que se adelantan por entre las aguas del Mediterráneo. Está formada la Italia por una poderosa cordillera que parte del estribo de los Alpes occidentales, y se dirige hacia el sur. El Apenino (tal es su nombre) corre primero hacia el sudeste entre dos golfos del mar Interior, uno más ancho al oeste y otro más estrecho al este, y se encuentra en las riberas de este último golfo con el macizo montañoso de los Abruzos, en donde alcanza su mayor altura y se eleva casi a la línea de nieves perpetuas. Después de los Abruzos, la cadena se dirige, siempre única y elevada, hacia el sur. Luego se deprime y desparrama en un macizo compuesto de colinas cónicas que se separa en dos eslabones, poco elevado el que se dirige hacia el sudeste; más escarpado el otro, que va derecho al sur, y termina por ambos lados en dos estrechas penínsulas. Las llanuras del norte, entre los Alpes y el Apenino, continúan hasta los Abruzos. Geográficamente hablando, y hasta muy tarde en lo tocante a la historia, no pertenecen dichas llanuras al sistema de ese país de montañas y colinas, a esa Italia propiamente dicha, cuyos destinos vamos a referir. En efecto, hasta el siglo VII de la fundación de Roma no fue incorporada al territorio de la República la parte situada entre *Sinigaglia* y *Rimini*;¹ el valle del Po no fue conquistado hasta el siglo VIII. La antigua frontera de Italia no eran por el norte los Alpes, sino el Apenino. Este no forma en ninguna parte una arista pelada y alta, sino que cubre, por el contrario, todo el país con su ancho macizo. Sus valles y sus mesetas se enlazan por pasos apacibles y ofrecen así a la población un terreno cómodo. En cuanto a las faldas y llanuras que hay delante de la montaña, tanto al sur y al este, como al oeste, su disposición es aún más favorable. Al oriente, sin embargo, forma una excepción la Apulia, con su suelo aplanado, uniforme y árido; con su playa sin golfos, cerrada al norte por las montañas de los Abruzos e interrumpida además por el pelado islote del monte Gárgano.² Pero entre las dos penínsulas en que termina al sur la cadena del Apenino, se extiende, hasta el vértice de su ángulo, un país bajo, húmedo y fértil, si bien termina en una costa en que son muy raros los puertos. Por último, la costa occidental se enlaza a un país ancho que surcan

importantes ríos, como el Tíber, por ejemplo, que se han disputado desde tiempo inmemorial las olas y los volcanes. Allí se encuentran numerosas colinas y valles, puertos e islas. Allí están la Etruria, el Lacio y la Campania, ese núcleo de la Italia; después, al sur de la Campania, desaparece la playa, y la montaña termina en el mar Tirreno como cortada a pico. Por último, así como la Grecia tiene su Peloponeso, la Italia posee también a la Sicilia, la más bella y grande de las islas del Mediterráneo, montañosa y a veces estéril en el interior, pero rodeada, por el sur y el este especialmente, por una ancha y rica zona de tierras casi enteramente volcánicas. Y así como sus montañas son la continuación de la cadena del Apenino, de la que solo la separa un estrecho (ρηγίον, *la fractura, Rhegium o Reggio*), así ha desempeñado un papel importante en la historia de la Italia. De igual manera el Peloponeso formó parte de la Grecia y sirvió de arena a las revoluciones de las razas helénicas, y su civilización fue un día allí tan esplendente como en la Grecia septentrional.

La península itálica goza de un clima sano y templado, semejante al de la Grecia; el aire es puro en sus montañas y en casi todos sus valles y llanuras, pero sus costas no están dispuestas tan felizmente, no limitan con un mar poblado de islas, como el que hizo de los helenos un pueblo de marinos. La Italia, sin embargo, la aventaja al poseer extensas llanuras surcadas de ríos. Los estribos y laderas de sus montañas son más fértiles, están siempre cubiertos de verdor y se prestan mejor a la agricultura y a la cría de ganados. Es, en fin, semejante a la Grecia, por ser una bella región propicia siempre a la actividad del hombre y a brindarle recompensas por su trabajo, a abrir lejanas y fáciles salidas para el espíritu aventurero y a dar también satisfacciones sencillas y duraderas a los menos ambiciosos. Pero mientras que la península griega tiene vuelta su vista hacia el Oriente, la Italia mira hacia el Occidente. Las riberas menos importantes del Epiro y de la Acarnania son a la Grecia lo que a la Italia las costas de la Apulia y la Mesapia. Allí, el Ática y la Macedonia, esos dos nobles campos de la historia, se dirigen hacia el este; aquí, la Etruria, el Lacio y la Campania están situados al oeste. Así pues, estos

dos países vecinos y hermanos se vuelven recíprocamente la espalda. Y aunque a simple vista pueden percibirse desde Otranto los montes Acroceraunios, no es en el mar Adriático, que baña sus riberas fronterizas, donde se han encontrado estos dos pueblos; sus relaciones se han establecido y concentrado en otro camino muy diferente. ¡Nueva e incontrastable prueba de la influencia de la constitución física del suelo sobre la vocación ulterior de los pueblos! Las dos grandes razas que han producido la civilización del mundo antiguo han proyectado sus sombras y esparcido sus semillas en opuestas direcciones.

En nuestra obra, no solamente vamos a narrar la historia de Roma, sino la de toda la Italia. Consultando solo las apariencias del derecho político externo, parece que la ciudad de Roma conquistó primero la Italia y después el mundo. No sucede lo mismo cuando se penetra hasta el fondo de los secretos de la historia. Lo que se llama la dominación de Roma sobre la Italia es más bien la reunión en un solo Estado de todas las razas itálicas, entre las que los romanos son, sin duda, los más poderosos, pero sin dejar de ser por esto una rama del tronco primitivo común. La historia itálica se divide en dos grandes períodos: el que llega hasta la unión de todos los italianos bajo la hegemonía de la raza latina, es decir la historia itálica interior, y el de la dominación de la Italia sobre el mundo. Debemos, pues, referir el establecimiento de los pueblos itálicos en la península: los peligros que corrió su existencia nacional y política, su parcial sujeción a pueblos de otro origen y de otra civilización, tales como los griegos y los etruscos; sus insurrecciones contra el extranjero y el aniquilamiento o la sumisión de este. Por último, la lucha de las dos razas principales, latina y samnita, por el dominio de la Italia y la victoria de los latinos a fines del siglo IV o V antes de Jesucristo, y de la fundación de Roma. Estos acontecimientos ocuparán los dos primeros libros de esta historia. Las guerras púnicas abren el segundo período, que comprende los rápidos e irresistibles progresos de la dominación romana hasta las fronteras naturales de la Italia, primero, y luego mucho más allá de estas fronteras. Por último, después del largo *statu quo* del Imperio, viene la caída de aquel colosal edificio.

Los libros tercero y siguientes estarán consagrados al relato de estos grandiosos acontecimientos.